

de ambos, pero es igual. Tierras son, cuya belleza estriba precisamente en su sencillez; no hay paisajes deslumbrantes pero tampoco desolación y creo que esto es bastante, pues de los alrededores de muchas de las ciudades, clasificadas oficialmente como las bellas de España, no puede decirse lo mismo. Una vez oí, tantas cosas hay que oír, que Ciudad Real, que por no tener, no tenía ni campo. Pues bien, nada más falso, es una de las pocas poblaciones que está rodeada de auténticos campos, de campos tal como nos los podemos imaginar, como los que aparecen en los cuadros de López Torres y de Iniesta. Saliendo por las carreteras de Puertollano o de Piedrabuena nadie será capaz de pensar que se encuentra en las arideces del Centro de España, pero aparte de estas huertas de la Poblachuela, otras muchas salpican la llanura con el verdor de los árboles que crecen junto a sus pozos y albercas. Olivares y viñedos, tierras rojizas de las siembras bajo un cielo intensamente luminoso, y entre sus ondulaciones reposa la ciudad. En su silueta, torres silenciosas nos hablan, sin embargo, de los tiempos que pasaron; mientras que los nuevos rascacielos parecen hacerlo de los venideros. En la noche, el reloj del Ayuntamiento, con sus cuatro esferas luminosas, vigila el sueño de la ciudad.

Dentro del recinto que en tiempos encerraron recias murallas, de las que por desgracia solo quedan reliquias, otros rincones; algunos me dirán que son vulgares, puede que tengan razón, pero precisamente por ello tienen esa belleza de la sencillez, que tal vez sea la más hermosa de todas. Para que una ciudad sea bella no hacen falta rascacielos, ni monumentos aparatosos, ni avenidas como trazadas con tiralíneas. No, basta con una modesta casa de dos pisos con un mirador de madera y balcones adornados con floridas macetas. Basta un farol adosado a un lienzo blanco de pared, cuya luz adormecida por un cristal esmerilado vaya a perderse entre las hojas de los árboles. Basta un muro sobrio y rudo de un viejo convento, en una calle llena de sabor, o una plaza cuadrangular desierta, sin árboles, con una vieja casa al fondo de oscuro portalón con dintel de piedra y noble escudo.

No son precisos grandes monumentos con estatuas colosales, pues como oí decir en cierta ocasión al escultor Jacinto Higuera, «una estatua pequeña es tan artística que se hace grande». Así es, y sobre todo, si tiene el encanto y la ternura de la de esa niña que a la sombra de un olmo centenario lee y lee. Lo mismo en los días calurosos de verano, que en los crudos de invierno, y que en primavera se ve envuelta por las rosas que comienzan a abrirse con profusión por todos los jardines de la ciudad sin desaparecer hasta el otoño. O la de esos niños que eternamente juegan con las bolas a la sombra de los muros de la catedral, bajo las hojas de los ailantos, en ese rincón del Prado que tiene un estilo inconfundible y señero.

Creo que he aludido con cierta claridad a una serie de rincones de Ciudad Real, pero esto no significa que desprecie otros. He destacado estos, tal vez por ser los menos conocidos, ¿pero como no voy a recordar la belleza y el mérito artístico de la iglesia de San Pedro y de esos jardines que ambientan su entrada? y sobre todo, como no voy a decir algo del Pilar que tal vez sea el auténtico corazón de la ciudad, algo así como lo era la vieja Puerta del Sol para el Madrid de antaño, para el Madrid que murió arrollado por los tiempos. La Plaza del Pilar tiene su alma perdurable, lo mismo con la estatua de Cervantes, que con la fuente, que con la de Don Quijote, igual con los antiguos palacetes que con las modernas casas que la ensombrecen.

La vida a veces nos lleva por caminos ignorados, caminos que me trajeron a esta ciudad y que igualmente me pudieran alejar de la misma. Por este motivo aprovecho la ocasión para dejar bien sentado, que ocurra lo que ocurra, siempre recordaré con nostálgica tristeza, los tiempos de la Plaza del Pilar, cuanto tantas veces pasaba al día por la misma.

Ciudad Real, diciembre de 1968.

Carlos LOPEZ BUSTOS

